

LUIS GARCÍA MONTERO, *Mañana no será lo que Dios quiera*, Madrid, Alaguara, 2009, 424 págs.

A los seguidores de Luis García Montero (nacido en Granada el 4 de diciembre de 1958), que cada vez son más en toda España y a todos los niveles, no nos sorprende demasiado otra nueva incursión suya en la prosa. Alternando poesía y crítica, reconocido poeta y catedrático de universidad, ahora se ha lanzado a la novela. Y decimos otra nueva porque ya desde hace años le habíamos leído en una divertida novela, escrita a cuatro manos junto a Felipe Benítez Reyes y titulada *Impares, fila 13*, algún cuento como el incluido en el volumen misceláneo *Aguas territoriales*, y sobre todo su continua y responsable labor como articulista semanal en *El País* de Andalucía y otros medios, desde hace más de tres lustros, que concluyó hace pocos meses, pudiéndole leer ahora en el diario *Público* cada domingo, en una sección subtitulada «La realidad y el deseo». Pero lo que nos ocupa aquí es la publicación de *Mañana no será lo que Dios quiera*, en Alaguara, una biografía novelada sobre la infancia y juventud del poeta Ángel González, de quien el granadino es albacea tras su muerte, acaecida en enero de 2008.

Planteadas como novela y con la agilidad y comunicabilidad que distingue los escritos de García Montero, *Mañana no será lo que Dios quiera*, que a su vez es un verso del propio Ángel González ya desmitificador de una forma de ver el mundo y de un «temor de Dios» propio de la época de posguerra y de la educación franquista, se plantea como biografía pero no se puede decir que sea una más en un género que últimamente está arrojando libros importantes en el panorama editorial español. La implicación sentimental de García Montero en la trayectoria vital de González convierte este libro en un alegato emotivo y cariñoso, un recuerdo y a la vez un homenaje, una fe de vida, en el sentido más laico posible, por todo lo que sucedió en un tiempo de silencio. Por tanto, aunque concebida como biografía, sin embargo, conforme la vamos leyendo se va convirtiendo más en una novela, profundizando en las causas de un tiempo histórico, pero desde la historia personal del poeta asturiano, un poeta que perteneció al bando de los perdedores o, mejor dicho, de los que nunca quisieron dejarse vencer. Sus detalles más recónditos aparecen contados –

novelados– con la veracidad de una historia bien urdida, y en realidad fue el propio Ángel González quien fue dictando a Luis García Montero, en innumerables conversaciones, aquellos recuerdos de infancia, su formación como poeta, sus estudios, su ambiente familiar, sus profesores, sus primeros escauceos amorosos, las penalidades de la posguerra... Todo este material quedó grabado en cintas de las antiguas casetes en sesiones vespertinas en la residencia estival del granadino en Rota, Cádiz, interminables charlas convenientemente regadas con buen whisky o gin-tonic. Como aquí se trata de dejar constancia de la aparición de la novela y de recomendar su lectura, y no de entrar en disquisiciones críticas, por citar sólo una secuencia, conmovedor podría ser recordar cómo Ángel González aprendió a tocar tres o cuatro acordes de guitarra, cuando se hizo coleguita de un militar de la banda de música de los vencedores (no la paz sino la Victoria, como decía el personaje del padre al final de *Las bicicletas son para el verano*), al entrar en Oviedo, y pudo así acercarse a la música, de la que no se separaría nunca. Además, en este libro que es doble, porque es novela y biografía, redescubrimos desde otra óptica los poemas, aprendizaje y preferencias literarias del asturiano, ya que los leemos asociados a su biografía, proyectándolos con nuevos significados y detalles, puestos en relación por un maestro como Luis García Montero, y este ejercicio de hermenéutica fiable sólo podía ser posible de su mano, pues el granadino es sin duda el poeta que mejor ha leído al asturiano, y la mirada de poeta es fundamental para entender no sólo en general su obra poética sino en concreto este hermoso libro.

Ángel González nunca quiso, al contrario que hicieron otros compañeros de su generación como Carlos Barral o José Manuel Caballero Bonald, escribir unas memorias donde relatara su experiencia más humana, más apegada a la vida, de la que era un sabio analista. Pensaba que el resultado sería demasiado patético, no se veía preparado. Pero supervisó hasta bien avanzado este libro, sólo truncado por su propia muerte, leyéndolo con García Montero, aconsejándole, corrigiéndole o sugiriéndole cosas, anécdotas o fragmentos de su biografía. Así que no podemos poseer un documento más fidedigno de su vida, autorizado por el propio autor. Un libro que se convertirá no sólo en testimonio de una vida sino de toda una generación. Un temblor narrativo y continuo con el aliciente

impagable de que es real. Un libro de poeta a poeta. Un homenaje del discípulo a su maestro.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada